

París, julio de 1942

**L**a niña fue la primera en oír cómo aporreaban la puerta, ya que su habitación era la más cercana a la entrada del apartamento. Al principio, adormilada, pensó que era su padre, que subía desde su escondrijo en la bodega. Seguramente había olvidado las llaves, y se estaba impacientando al comprobar que nadie oía los primeros golpes, más suaves; pero después escuchó unas voces que en el silencio de la noche sonaban ásperas y brutales. No se parecían en nada a la de su padre.

—¡Policía! ¡Abran inmediatamente!

Los golpes volvieron a oírse con más fuerza, y le resonaron hasta la médula de los huesos. Su hermano pequeño, que dormía en la cama de al lado, se removió en sueños.

—¡Policía! ¡Abran! ¡Abran la puerta!

¿Qué hora sería? Se asomó a través de las cortinas. Fuera todavía estaba oscuro.

*Tenía miedo. Recordó las conversaciones quedas que había escuchado últimamente, bien entrada la noche, cuando sus padres ya la creían dormida. Se acercaba con sigilo hasta la puerta de la sala de estar, y a través de una pequeña ranura escuchaba la voz nerviosa de su padre y observaba el gesto preocupado de su madre. Usaban su lengua materna; la chica la entendía, aunque no la hablaba con tanta fluidez como ellos. En susurros, su padre decía que les aguardaban tiempos difíciles, y que debían ser valientes y cautelosos. Pronunciaba palabras extrañas, desconocidas para ella: «campos», «redada, una gran redada», «arrestos al amanecer». La niña se preguntaba qué significaba todo aquello. Su padre había murmurado que sólo los hombres estaban en peligro, no las mujeres ni los niños, y que iba a esconderse en la bodega por las noches.*

*A la mañana siguiente su progenitor le había explicado que era mejor que él durmiera abajo durante una temporada, hasta que «la cosa estuviera segura». La chica se preguntó qué era exactamente esa «cosa», y a qué se refería con «segura». ¿Cuándo volvería a ser «segura» la cosa? También quería saber a qué se refería él con «campos» y «redada», pero le daba miedo reconocer que había espiado sus conversaciones, y que además lo había hecho varias veces, así que no se atrevió a preguntar.*

*—¡Abran! ¡Policía!*

*Se preguntó si habrían encontrado a su padre en la bodega. ¿Era por eso por lo que estaban allí? ¿Había venido la policía para llevárselo a esos lugares que había mencionado en aquellas conversaciones nocturnas en voz baja, a esos «campos» lejanos, fuera de la ciudad?*

*La chica corrió de puntillas hasta el final del pasillo y entró en la habitación de la madre, que se despertó en cuanto sintió su mano en el hombro.*

*—Es la policía, mamá —susurró la niña—. Están llamando a la puerta.*

*Ésta sacó las piernas de debajo las sábanas y se apartó el pelo de los ojos. La niña pensó que parecía cansada y mayor, mucho mayor de sus treinta años.*

*—¿Han venido a llevarse a papá? —gimoteó la niña, agarrándola de los brazos—. ¿Han venido a por él?*

*La madre no respondió. Las voces volvieron a oírse en el vestíbulo. La madre se echó una bata sobre el camisón, agarró a la niña de la mano y fue hacia la puerta. Su palma estaba caliente y sudorosa; como la de un crío, pensó la chica.*

*—¿Sí? —dijo la madre con voz apagada, sin abrir el cerrojo.*

*Una voz masculina ladró su nombre.*

*—Sí, monsieur, soy yo —respondió ella. Su acento sonó fuerte, casi áspero.*

*—Abra ahora mismo. Policía.*

*La madre se llevó la mano a la garganta y la niña advirtió su extrema palidez. Parecía exangüe, helada, como si ya no pudiera moverse. Nunca había visto tanto pavor en el rostro de su madre. La niña sintió cómo la angustia le secaba la boca.*

*Los hombres aporrearon la puerta una vez más. La madre abrió con dedos torpes y temblorosos. La niña hizo una mueca, esperando ver uniformes de color caqui.*

*Había dos hombres. Uno era policía, con capote azul oscuro hasta la rodilla y una gorra alta y redonda. El otro*

*llevaba una gabardina beis y traía una lista en la mano. Volvió a pronunciar el nombre de la mujer, y también el del padre. Hablaba en perfecto francés. Entonces estamos a salvo, pensó la niña. Si son franceses, y no alemanes, no corremos peligro. Si son franceses, no pueden hacernos daño.*

*La madre apretó contra ella a su hija, que pudo sentir a través de la bata los latidos de su corazón. Quería apartarla de un empujón, quería que se mostrara firme y mirase a aquellos hombres con coraje, que no se acobardase, que su corazón dejase de palpitar como el de un animalillo asustado. Quería que su madre fuese valiente.*

*—Mi marido... no está aquí —balbuceó la madre—. No sé dónde está. No tengo ni idea.*

*El hombre del gabán beis la echó a un lado y pasó al apartamento.*

*—Dese prisa, madame. Tiene diez minutos. Coja ropa para un par de días.*

*La madre, sin moverse, se quedó mirando al policía. Éste seguía en el descansillo, dando la espalda a la puerta. Parecía indiferente, aburrido. La mujer puso la mano en la manga azul.*

*—Monsieur, por favor... —empezó a decir.*

*El policía se volvió, apartándole la mano. Sus ojos tenían una expresión dura, vacía.*

*—Ya lo ha oído. Usted se viene con nosotros. Y su hija también. Haga lo que le hemos dicho.*

París, mayo de 2002

Bertrand llegaba tarde, como de costumbre. Intenté fingir que no me importaba, pero no lo conseguí. Zoë estaba repantingada contra la pared, aburrida. Se parecía tanto a su padre que a veces me hacía sonreír. Pero aquel día no. Contemplé aquel edificio alto y antiguo. Era el piso de Mamé, el viejo apartamento de la abuela de Bertrand. Íbamos a vivir en él; a dejar el bulevar de Montparnasse, su tráfico ruidoso, las incessantes sirenas de las ambulancias que acudían a los tres hospitales cercanos; a cambiar sus cafés y restaurantes por esta calle estrecha y tranquila de la margen derecha del Sena.

El Marais no era el tipo de *arrondissement*\* al que yo estaba acostumbrada, aunque admiraba su belleza

---

\* Distrito. [N. del T.]

antigua, a punto de desmoronarse. ¿Era feliz con aquella mudanza? No estaba segura. La verdad es que Bertrand no me había pedido la opinión. No habíamos hablado mucho de ello, de hecho. Tan impulsivo como siempre, había seguido adelante con la idea, sin contar conmigo.

—Ahí está —anunció Zoë—. Sólo llega media hora tarde.

Observamos a Bertrand pasear calle arriba con aquel contoneo tan peculiar y sensual. Delgado, moreno, y exudando atractivo sexual, era el prototipo de francés. Iba hablando por teléfono, como siempre. Su socio, Antoine, con su barba y su rostro rosado, le pisaba los talones. Sus oficinas estaban en la calle de l'Arcade, detrás de la Madeleine\*. Antes de que nos casáramos, Bertrand había trabajado mucho tiempo con una firma de arquitectos, pero hace cinco años se estableció por su cuenta con Antoine.

Bertrand nos saludó con la mano; luego, señaló al teléfono, bajó las cejas y frunció el ceño.

—Como si no fuera capaz de colgar a la persona con la que está hablando —se burló Zoë—. No te digo.

Zoë sólo tenía once años, pero a veces parecía ya una adolescente. En primer lugar por su altura, que empuñecía a todas sus amigas, además de sus pies, como ella misma solía añadir en tono resentido, y también por una lucidez precoz que a menudo me dejaba atónita. Había algo adulto en la mirada solemne de sus ojos

---

\* Iglesia de la Madeleine, cercana a la plaza de la Concordia. [N. del T.]

color avellana, en el modo pensativo en que levantaba la barbilla. Siempre había sido así, desde muy pequeña. Serena y madura; a veces demasiado madura para su edad.

Antoine se acercó a saludarnos mientras Bertrand seguía hablando, lo bastante alto como para que pudiera oírle toda la calle, gesticulando con las manos, haciendo muecas y girándose de vez en cuando hacia nosotras para asegurarse de que no nos perdíamos una sola palabra.

—Es un problema con otro arquitecto —explicó Antoine con una sonrisa de discreción.

—¿De la competencia? —preguntó Zoë.

—Sí —contestó Antoine.

Zoë suspiró.

—Eso significa que nos podemos tirar aquí todo el día. Se me ocurrió una idea.

—Antoine, ¿no tendrás, por casualidad, la llave del apartamento de *madame* Tézac?

—Pues sí, Julia —repuso él, sonriente. Antoine siempre me respondía en inglés. Supongo que lo hacía por ser amable, pero en el fondo me molestaba. Me hacía sentir como si, después de vivir aquí tantos años, mi francés aún no fuera lo bastante bueno.

Antoine nos enseñó la llave con gesto teatral. Decidimos subir los tres. Zoë marcó el código en la puerta con dedos ágiles. Cruzamos el patio sembrado de hojas y nos dirigimos hacia el ascensor.

—Odio ese ascensor —refunfuñó Zoë—. Papá debería hacer algo al respecto.

—Cariño, sólo está reformando el piso de tu bisabuela —señalé—, no el edificio entero.

—Pues debería —replicó ella.

Mientras esperábamos el ascensor, en mi móvil sonó el tema de Darth Vader. Miré el número que aparecía en la pantalla. Era Joshua, mi jefe.

—¿Sí? —contesté.

Joshua fue al grano, como siempre.

—Te necesito de vuelta a las tres. Hay que cerrar los asuntos de julio. Cambio y corto.

—Genial —repuse con descaro.

Antes de que colgara, oí una carcajada al otro lado del teléfono. A Joshua le encantaba que yo dijera «genial». Tal vez le recordaba su juventud. En cuanto a Antoine, parecía divertirse con mis americanismos pasados de moda. Le imaginé memorizándolos para luego practicarlos con su acento francés.

El ascensor era uno de esos inimitables armatostes parisinos con una cabina diminuta, una reja de hierro que había que abrir a mano y una puerta doble de madera que, invariablemente, se te cerraba en las narices. Según subíamos, achuchada entre Zoë y Antoine (se le había ido la mano con su colonia Vétiver), vislumbré mi cara en el espejo. Parecía tan deteriorada como aquel ascensor quejumbroso. ¿Qué había sido de la lozana beldad que vino de Boston? La mujer que me miraba se hallaba en esa temible edad entre los cuarenta y cinco y los cincuenta, en esa tierra de nadie donde acechan las arrugas y la sigilosa inminencia de la menopausia.

—Yo también odio este ascensor —dije con tono sombrío.

Zoë sonrió y me pellizcó la mejilla.

—Mamá, en este espejo parecería horrorosa hasta Gwyneth Paltrow.

Tuve que reírme. Así eran los comentarios de Zoë.